

Homilía Vigilia de los estigmas (16.09.2023)

Por la gran dulzura y compasión que sacaba cada día de la humildad y pasos del Hijo de Dios, lo que era amargo para su carne, lo aceptaba y sentía como dulzura. Y tanto se afligía cada día por los sufrimientos y amarguras que Cristo padecía por nosotros, y tanto se afligía por ellos en alma y cuerpo, que no se preocupaba de sus propias dolencias. (Cass 77: FF 1608).

Al subir aquí al Alverna en esta noche, nos encontramos con sentimientos opuestos, aparentemente contradictorios, que nos permiten vislumbrar algo del secreto del Hermano Francisco. En él se unen la dulzura y la amargura, la luz y la oscuridad, la amistad fraterna y la distancia, la soledad.

Cuando Francisco llega al Alverna en 1224 para la Cuaresma de San Miguel, es un hombre probado, un grano de trigo que cayó en la tierra y está llamado a morir para dar fruto. Es un creyente que pasa por lo que los hombres espirituales llaman la noche espiritual, que incluye la experiencia del silencio de Dios. Y es aquí donde Francisco se purifica profundamente.

En su vocación evangélica Francisco había invertido la sustancia de su vida, él mismo, hasta la médula. Ver el corazón mismo de esa llamada a vivir el Evangelio tras las huellas de Cristo pobre y crucificado cuestionado por no pocos hermanos le conmovió profundamente, llevándole quizá a dudar del sentido mismo de su elección.

Estos son los contornos de la "gran tentación" que Francisco lleva consigo a esta montaña.

Invirtió todo su ser en responder a la llamada a vivir con Cristo en el Espíritu y esto le supuso un reto. Su dolor es grande y genera preguntas:

- *¿viene de Dios tanto como ha experimentado?*
- *¿Qué devolver a Dios ahora mismo?*
- *¿Cómo conocerse a sí mismo en la verdad?*
- *¿Qué paso hay que dar para encontrarse con el Señor de una manera nueva y llegar a conocerle?*

Esta es la oscura situación con la que Francisco asciende al Alverna. Es el punto de llegada de un largo tiempo, que comienza en 1220. Es un momento decisivo para un viraje, una nueva conversión, que siempre tiene lugar bajo el signo de la Cruz, como en San Damián tantos años antes. Vive años difíciles por las tensiones en torno a la Regla, es decir, a la vida evangélica; las enfermedades le afligen cada vez más; se encuentra entre sus hermanos y la soledad, que tanto buscaba.

En los veinte años transcurridos desde su conversión, Francisco ha querido caminar tras las huellas de Cristo crucificado y lo ha hecho con toda la riqueza de su humanidad, entre luces y sombras. Desde aquí ha ido hacia una transformación que ha tocado el centro vivo de su persona, hasta devolverla verdaderamente a Dios y a sí mismo.

En la profunda pasión que experimentó, experimentó la vida que brota de la muerte, la alegría que florece en una condición humanamente desesperada, la fecundidad en el despojo, la libertad dentro de una forma de impotencia, la sabiduría de la locura...

Y es aquí donde encuentra la luz de la presencia amorosa y consoladora del Señor. El Serafín es el signo de esta nueva luz, que le atraviesa en su misma carne.

Ahora Francisco responde a la llamada a seguir a Cristo crucificado dejándose conformar plenamente con su muerte y resurrección. Su bautismo se cumple y marca su espíritu y su carne misma, en el signo del fuego. Ahora está asimilado a Cristo, un solo cuerpo y un solo espíritu con Él. Puede decir con Pablo: "¡Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí!".

Subir al Alverna en esta víspera 2023 del 800 aniversario de los Estigmas nos recuerda otra fecha: 1993, cuando san Juan Pablo II peregrinó al Alverna, el 15 de septiembre, mientras en Palermo el beato don Pino Puglisi era asesinado por la mafia. El Papa conoció aquí, justo aquí, aquel gesto desesperado: matar a un testigo, dar voz para siempre a quien se había asfixiado en la muerte.

De una muerte violenta, vida y esperanza para muchos.

De una luz que se creía apagada, a un fuego que nunca deja de arder.

Estar aquí 30 años después de aquella fecha nos devuelve a la perfecta alegría de Francisco y con él al corazón del Evangelio.

La luz de los testigos del Evangelio nos acompaña en la noche de este tiempo difícil en el que vemos desvanecerse la esperanza. La necesitamos.

Una luz que ha atravesado las tinieblas, una luz que se abre paso entre las rocas.

Una luz que no deslumbra, sino que deja ver el paso que hay que dar, calienta el corazón, abre la mente.

La luz que esta noche baña de nuevo el acantilado del Alverna, haciéndolo brillar, nos recuerda aquella luz que se encendió aquí hace 800 años y que hoy quiere contagiarnos de nuevo y hacernos brillar como creyentes y discípulos de Jesús.

Brilla en una fe radiante, en una esperanza inquebrantable, en una caridad laboriosa.

Delante del Crucifijo, el joven Francisco rezaba así:

*Altísimo, Dios glorioso,
ilumina las tinieblas de mi corazón.*

*Y dame fe recta,
esperanza cierta y caridad perfecta.*

En el Alverna, Francisco, habiendo atravesado el valle donde se entrecruzan la luz y las tinieblas, dijo a Dios:

Buen Dios, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo,

dígnate manifestarme tu voluntad.

La misma oración que continúa a lo largo de su vida y llega hasta nosotros esta noche.

Pedimos al Señor **una fe viva** para este tiempo, que necesita a Dios;

una **cierta esperanza para** este tiempo que la busca, incluso cuando parece renunciar a ella;

una **organización benéfica** que transforma las palabras de la oración en opciones que cambian la vida.

Dejemos que la luz de esta noche nos toque y nos transforme e ilumine la vida de muchos.

Fr. Massimo Fusarelli, OFM

Ministro general